



BENJAMÍN FERNÁNDEZ
Subdirector de comunicaciones, IdeaPaís

JOSÉ MANUEL CUADRO
Coordinador editorial, IdeaPaís

JAIME ANTÚNEZ ALDUNATE:

“No es posible pensar que la democracia va a funcionar con estabilidad en un cuadro donde la moral esté tan desestructurada”.

31

*E*ntre 1990 y 1991 Jaime Antúnez (1946), doctor en filosofía por la Universidad de Navarra y actual presidente de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile —siendo entonces editor del cuerpo “Artes y Letras” de El Mercurio—, viajó a los países tras la “cortina de hierro”, en momentos en que la Unión Soviética crujía y se auguraba un “triumfo” de Occidente en el fin de la Guerra Fría. Dichas impresiones del viaje las recoge en el libro *El comienzo de la historia. Impresiones y reflexiones sobre Rusia y Europa Central* (1992), reeditado por la misma Editorial Patris en 2022 —dada su vigencia para comprender el estado del mundo occidental y cómo esas naciones en medio de la dureza comunista reforzaron su ethos— Así, el libro luego fue traducido al francés en 2024 por Editions Saint-Léger y presentado en París en junio de este año.

– A propósito de este libro, usted dijo que la caída del Muro había desnudado las fragilidades de la modernidad, ¿cuáles eran?

– Primero, habría que decir que existía una gran esperanza en ese momento, de que dicho despertar iba a significar una nueva luz. Lo que sucedió ahí es que los países de Occidente que vieron derrotado el bloque comunista quisieron imponer un liberalismo global, tipo Fukuyama, cosa que evidentemente no calzaba con el *ethos* propio de esos países. Lo que uno descubría en estos es que, acosados a través del siglo XX por un sistema totalitario profundamente materialista, habían reforzado sus raíces culturales y cristianas. Se planteaba una cuestión de ser o no ser. Occidente podía alimentarse de aquella luminosidad nacida de la lucha de esos pueblos contra la utopía —fue en realidad una revolución antiutópica como la llamó Chantal Delsol— o, por el contrario, intentar imponer formas acuñadas por una visión inmanentista de la libertad, cerradas a un horizonte espiritual y trascendente. Y lo que sucedió desgraciadamente fue lo segundo.

Para el académico, la caída del Muro de Berlín demostró que había “una razón cerrada sobre sí misma”, la cual —explica— “genera monstruos, y eso pasó en la modernidad de fines del siglo XX, pasamos de unos monstruos a otros”.

¿Cuáles eran esos monstruos?

– Cuando Fukuyama escribe su libro *El fin de la historia y el último hombre*, en realidad hay que fijarse en aquello del “último hombre», que es el hombre futuro según la comprensión de Nietzsche. Y aquí acudo a una respuesta del cardenal Ratzinger, cuando al presentarse esta situación de un Occidente que ya no tenía al frente a un enemigo que amenazaba destruirlo, explicó que probablemente lo que iba a suceder, y que está sucediendo, es el predominio del nihilismo. Y ese manifiesto de Fukuyama en el fondo anuncia un futuro en que la historia deja de tener interés en sí misma y razón de ser. Prevalecerá un tiempo triste, dice él mismo, la época del “último hombre”, un hombre pragmático y nihilista. En tal sentido, su libro fue un presagio, que en parte también ha sido incumplido, porque se ve que el sistema no ha funcionado, la democracia liberal, como él imaginaba que iba a desarrollarse, está muy complicada. Entonces, treinta años después, en lo que estamos es en que esa cultura muestra un estado deplorable —la democracia, ante todo, “es una cultura”, dijo hace poco Chantal Delsol en nuestra Academia—, en medio de un torbellino que anuncia un cambio de civilización.

– ¿Hay un después de ese hombre nihilista?

– O sea, solo como una reacción, que no es muy avizorable en este momento. Quizá en el Este hay elementos, pero está todo tan recubierto de un

noticiero escabroso y bélico que es muy difícil saber. En Occidente no se ve mucho, en nuestro país no lo vemos, en los vecinos tampoco. Ese nihilismo camina hacia su autodestrucción, la cual en términos contemporáneos es muy grave, porque es la guerra. Este es todo un fenómeno, que no es causa sino consecuencia, esta realidad se hace dominante a causa de la decadencia, de la autodestrucción que conlleva el nihilismo.

En los años ochenta todavía estaba muy presente la idea de comunidad europea con los criterios de Schumann, Monet, De Gasperi o Adenauer, pero todo eso se transformó en la burocracia de Bruselas, liberal, economicista, antitradicionalista a machamartillo, donde las exigencias de la cultura nihilista son postuladas con categoría de “derechos humanos”...

— **¿Cómo cuáles?**

— Me refiero así, por ejemplo, a las temáticas LGTB, transgénero y similares.

Entonces, después del nihilismo, ¿qué? O hay una reacción que en este momento no es muy clara, o hay un *shock* que podemos temer. Domina la confusión y estamos al borde de un gran peligro, que es producto de esta situación. Hay gente que pone todo su énfasis y toda su energía en decir: “mire, la democracia está en peligro”. ¡Hombre!, cómo no va a estar en peligro si la democracia requiere un *ethos*. El cardenal Ratzinger nos dijo en varias entrevistas que no es posible pensar que la democracia va a funcionar con toda tranquilidad y estabilidad en un cuadro donde la ética está desestructurada.

— **Entonces, ¿qué une a Occidente actualmente?**

— Nada. No hay a mi juicio ningún elemento que lo una. El recuerdo quizá de una historia, que está en la mente de algunas personas de mayor cultura o tal vez algunas tradiciones populares. En el plano del pensamiento, yo no veo a alguien

que reemplace a Robert Spaemann, en Alemania, nadie. Ni en España a alguien que reemplace a Julian Marías, o a André Frossard y Jean Guilton en Francia. Entonces, eso fue una luz terminal en Europa. Benedicto XVI, que recorrió prácticamente todos los areópagos de Europa, habló con claridad irrefutable sobre las raíces cristianas de Europa, es decir, que Europa fue fundada por la fe cristiana, ¿quién podía discutir eso? ¿Qué formó a Europa sino Atenas, Roma y Jerusalén?... no hay visiblemente otro fundamento. Pero no, el dogmatismo antiespiritual e inmanentista no podía reconocer fundamentos espirituales de esa naturaleza.

Chile y ética de los últimos años

— **Pasando al plano chileno, muy interconectado con lo que ha dicho hasta aquí sobre Occidente, ¿hay algo como una moral debilitada en Chile?**

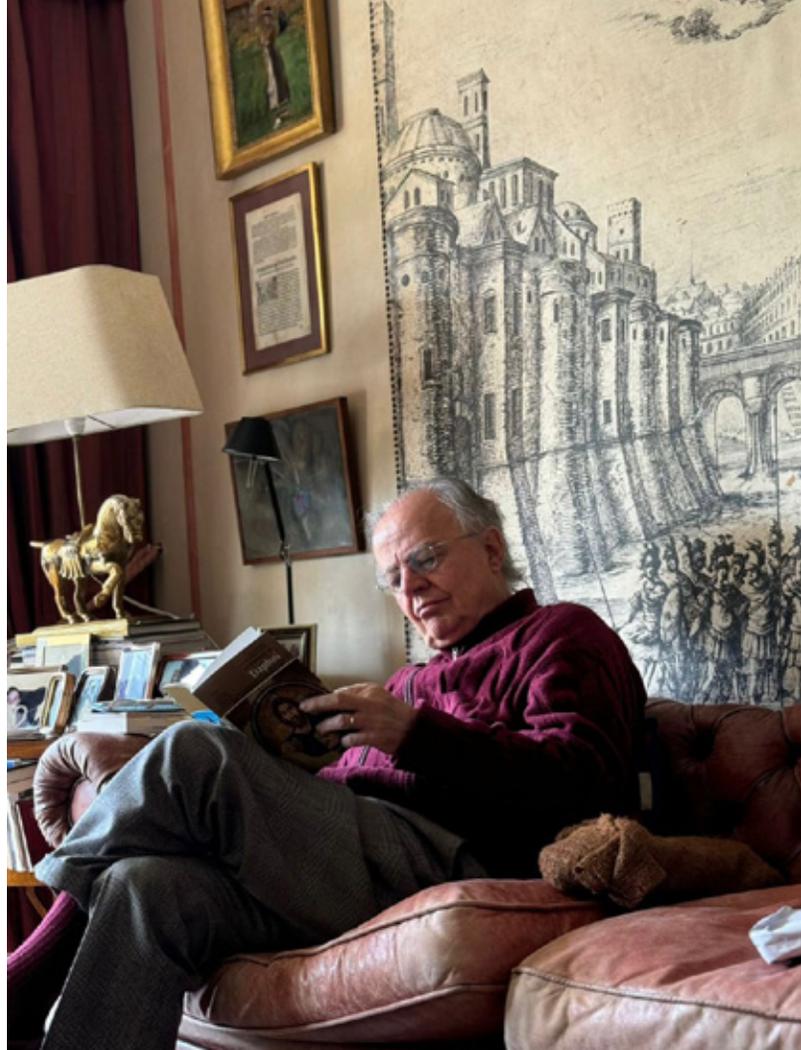
— Juan Pablo II vino a Chile en abril de 1987. Lastimosamente, algunos sectores cristianos y otros dijeron que venía para poner fin a la dictadura militar... un reduccionismo bastante pueril. Vino porque fue el papa de la Conferencia de Puebla (1979), y ¡cómo no iba a visitar a estos dos países, Chile y Argentina, que tanto pesan culturalmente en el continente! Y vino a reafirmar el magisterio pontificio moderno, tradicional y del posconcilio, como nunca antes se había hecho en estas tierras.

¡Y vea lo que son las cosas! Llegamos a los años noventa con nuevo arzobispo de Santiago, Carlos Oviedo Cavada, un mercedario muy espiritual, — numerario de la Academia Chilena de la Historia—, y sucede un hecho inédito: en octubre de 1991, publica una carta pastoral titulada *Moral, juventud y sociedad permisiva*, clarividente y muy previsor, que tuvo una repercusión inmensa, más a causa de la cual lo quisieron linchar prácticamente. Lo que en realidad el arzobispo había hecho —una vez iniciada la transición a la democracia, habiendo ya un Parlamento elegido y apertura para discutir lo que se quisiera— era recordar las enseñanzas

que había dejado Juan Pablo II. Fue propiamente una manifestación de esa crisis ese ataque que se descargó sobre el arzobispo. Por ejemplo, él habló de la indisolubilidad del matrimonio. Recuerdo que cuando se fundó *Humanitas*, en 1995, la cifra de niños nacidos fuera del matrimonio era del 35% y nos admirábamos por lo alta que era. En un abrir y cerrar de ojos, pasó al 65% y no sé en qué estará ahora. Entonces, ¿no tenía razón de ser toda esta advertencia de la carta pastoral del cardenal Oviedo? La tenía, y por muchos motivos. Para qué hablar de otros campos de la moral, como la corrupción económica, etc. Yo creo que, por lo que se refiere a Chile, ahí está el último grito profundo y cabal, dado en su plenitud: dado por Juan Pablo II y reafirmado por el cardenal Oviedo, cuando plenamente se iniciaba la transición. Que, en suma, dijo: "miren, señores, la democracia requiere de conciencia y valores morales que están en crisis", y de no ser así volverán tarde o temprano los problemas.

34

Jaime Antúnez vuelve a Chile en 1980, luego de una década estudiando en Europa, incorporándose al suplemento "Artes y Letras". Posteriormente, en los años noventa, funda con el rector Vial Correa y Pedro Morandé la revista "Humanitas" en la Universidad Católica. El país con el que se encuentra cuando recién regresa —explica— muestra un punto de partida que asimismo ofrece un hilo conductor hasta la crisis de octubre de 2019. Se había ya impuesto en ese entonces una mentalidad —por debajo de todos los pruritos de la Guerra Fría— esencialmente "pragmático-gananciosa" y materialista.



— **A partir de ese lineamiento de hechos que usted realiza, ¿es el 18 de octubre el quiebre definitivo de la moral pública?**

— Tengo 78 años y naturalmente las cosas vividas antes se explican bien en razón de lo que sucede después... Cuando volví a Chile, en julio de 1980, me reencontré con Jaime Guzmán, con quien habíamos sido muy amigos en la juventud. Recuerdo que me invitó a comer los dos solos en su casa, y me pidió que opináramos libremente sobre el texto constitucional que se plebiscitaría. ¿Era aquel texto consecuente con el pensamiento de inspiración socialcristiana en que nos habíamos formado? Era la cuestión central. Al final, concluimos que había importantes reparos, pero que, por circunstancias más largas de explicar, propias del poder *de facto* en ese momento, esta solución era el mal menor. Hay que acordarse, además, de que todavía pesaba la noche oscura, el caos que se había vivido, la destrucción, el riesgo de una catástrofe final.

Entonces, ya se había salido de eso y había que organizar el futuro. Ese era un poco el trasfondo anímico que se tenía al sentarnos a conversar sobre esos temas. Pero había esta objeción de fondo doctrinal y antropológico o filosófico, a lo que esta alternativa en realidad significaba.

Años después, y cuando hasta cierto punto era ya irreversible, esa objeción la hizo pública, con su característica lucidez, Mario Góngora, quien explicó en su libro *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile* (1982), haciendo un contrapunto con la "Declaración de Principios" del Gobierno militar de 1974 (en buena parte redactada por Guzmán, y plasmando allí lo que pensaba podría ser más tarde una nueva Constitución), y quejándose, con razón, de que aquellos "ideales tradicionalistas y nacionalistas de la primera hora, de la "Declaración de Principios", han quedado relegados al olvido ante el materialismo económico ambiente, por lo demás común a todo el mundo de masas".

— ¿Y comparte esa aprensión de Mario Góngora?

— Al momento de reunirnos con Jaime, esa era en el fondo la inquietud suya, sobre la que en confianza y total privacidad quería desahogarse. Y tenía razón, porque aquella "Declaración de Principios" como *ethos* de la Junta y del Pronunciamiento militar de 1973, que respondía a la visión de un mundo —que se encaminaba a una crisis pero que de este modo se salía al paso de la crisis—, para 1980 estaba olvidada y reemplazada por otra realidad. Aquella que luego denunciaba Góngora.

Y yo me encontré con eso mismo al volver a Chile en 1980. Mi primera sensación fue la de no reconocer a mi país, estaba totalmente cambiado. Era como un país que descreía de lo que era. Asimismo, se había impuesto en lo esencial una mentalidad de "*do ut des*". Aunque fuese un sentimiento flojo, en el Chile que viví de adolescente existía la solidaridad, existía cohesión. Todo eso yo puedo decir que lo sentía atrocemente destruido; sentía más cohesión

en la España moderna, que había recién dejado, que en este Chile sacudido por el proceso en que se había entrado.

— Y entonces, ¿ese proyecto constitucional marca los proyectos políticos venideros?

— Después que termina el gobierno militar, viene la elección presidencial, y ahí se le da una gran oportunidad al cuadro político —a la derecha en particular, que había gobernado con Pinochet— de revisar su historia y considerar el peso que esas decisiones habrían de tener en el futuro. Aunque fuese para todos claro que la elección presidencial la ganaría el candidato de la Concertación, pienso que en ese momento, bastante decisivo en cuanto a marcar futuro, hubo personas que pudieron tener un peso importante en cuanto a esto, como Sergio Onofre Jarpa. Pero esas personas fueron sacadas del camino por el poder que se había instalado en el sector, el poder fáctico y de índole económica. Y ese fenómeno, en la derecha, lo representaba Sebastián Piñera, que impuso como candidato presidencial a Hernán Büchi, quien había sido un buen ministro de Hacienda, pero no tenía nada que decir respecto de este problema mayor. O sea, la derecha y todos los sectores que apoyaron en su momento la mencionada "Declaración de Principios", ya definitivamente no quisieron saber más de eso y fue la consagración de una línea política pragmática, utilitarista, sin historia, sin narración, sin tradición, sin capacidad de revisar lo bueno y malo que se había hecho, nada. Una derecha en total sintonía con "el fin de la historia" de Francis Fukuyama, para decirlo en breve. Y yo creo que el autor principal de todo eso fue Sebastian Piñera.

Bueno, ¿y qué pasa con octubre de 2019, con ese estallido en principio inexplicable? Cuando se produce, ¿quién está en la Moneda? Pues precisamente Sebastián Piñera. ¿Y qué hace esa noche? Se va a una pizzería con un nieto. Se repara poco hoy en la fuerza del símbolo: el de

“Chile dejó de creer en sí mismo [...] es un país que no cree en lo que es, vive aceleradamente por una realidad que le puede producir beneficios económicos, pero no cree ya nada de lo que fue. Y difícilmente puede mirar el futuro así”.

la desestructuración del poder; figurado más claramente aún en aquel día en que se le ocurrió, en una ciudad confinada, fotografiarse en camisa, a los pies del maltratado general Baquedano... Los hechos consueñan: la desintegración social violenta estalla en la cara de quien mismo sentó las bases para ese camino. Aquella es la vuelta larga, forzosamente pintada aquí con brocha gorda...

Piénsese, *a contrario sensu*, si hubiese vivido Jaime Guzmán, si se hubiese creado un frente social-cristiano —que por la amistad y cercanía de Jaime con Gabriel Valdés y otros fue una posibilidad— ese frente habría sido capaz de hablar con Ricardo Lagos, habría sido capaz de hacer los cambios y reformas inteligentes que Chile necesitaba, habría entendido al país, probablemente lo habría gobernado y seguramente no nos habríamos precipitado en ese momento lúgubre en que, descubrimos ahora, todo fue muy concordante con una historia de penosas defecciones, de muy larga data.

— **En todo el escenario nacional que usted describió, uno se pregunta por el rol de la fe en la moral pública, ¿sigue cumpliendo un rol en la cohesión social?**

— Fui sintiendo, ya en el cambio de milenio, —en el cual se ponía tanta ilusión apuntando a que fuese un milenio de esperanza—, que ya definitivamente se produjo entonces un cambio de paradigma. Pasamos muy rápidamente en los noventa a una pérdida muy fuerte del humanismo —estamos ya en los albores del transhumanismo— y a vivir bajo el dominio del paradigma científico-tecnológico, que subyuga al económico y este, al político, y luego todo lo demás. Yo creo que eso se sintió muy fuerte el 2000. Por varias cosas, por razones ideológicas, por razones incluso materiales del desarrollo tecnológico mismo. Es decir, el mundo cambió y no era un cambio donde hubiese la capacidad de ser moderado, simplemente se disparó. Y ese paradigma fue universal, trayendo consigo también otras cosas: las doctrinas de

género y todas esas materias, las redes sociales que transforman las comunicaciones, la rapidez inconcebible con que las cosas se suceden. Entonces, ya la estructura que habíamos conocido hasta fines del siglo XX no resiste. Benedicto XVI comenta en el libro *Sal de la tierra*, una entrevista con Peter Seewald, que él ya tenía internalizado cuando en la noche se iba a dormir que al día siguiente, al despertar, el mundo sería muy distinto de cuando se acostó. Se acelera la historia y el ritmo del cambio es de tal magnitud, de tal velocidad, que no es asumible por la psique humana sin que se produzcan muchas anomalías. Y claro, todas esas cosas tienen una serie de repercusiones que van más allá de nuestro control y de nuestros cálculos. Y es lo que ha venido sucediendo y es lo que aceleradamente sucede hoy y se expresa en grandes confrontaciones que uno no sabe en qué van a terminar. Pero sobre todo es un cambio de paradigma, con una aceleración inconmensurable de la historia, y en eso estamos ahora.

— **Y entonces, ¿cómo ve a Chile de aquí en adelante?**

— No sé, es una incógnita total, y no solo porque esa incógnita tiene una serie de claves internas que son difíciles de predecir, sino sobre todo por el cuadro internacional que es un condicionante total. Ricardo Lagos escribió un libro que tituló acertadamente *La nueva soledad de América Latina*; es de algún modo el problema de muchos. Estar solos en un mundo que pasa de la unipolaridad a la multipolaridad y donde actúan de manera incontrarrestable poderes tecnológicos como nunca los hubo. Chile dejó de creer en sí mismo. Eso resume lo que yo sentí cuando volví en 1980, es un país que no cree en lo que es, vive aceleradamente por una realidad que le puede producir beneficios económicos, pero no cree ya nada de lo que fue. Y difícilmente puede mirar el futuro así.

— **Comenzamos esta conversación sobre el componente moral de los países de Europa del Este, ¿actualmente usted ve algo similar, pero más hacia el Oriente? ¿Sigue viajando a palparlo?**

— En los últimos años he viajado preferentemente a países de Medio Oriente, África y sobre todo de Asia. Me ha impresionado mucho la India, por su inmensa cultura y belleza humana, incluido el mundo que hacen allí 55 millones de cristianos, algo digno de admirarse. La India es un país muy rico que tiene un crecimiento superior al del resto de las potencias, y donde uno observa y experimenta, hasta palparlo, realidades de rango antropológico muy interesantes. Siendo que hay fortunas famosas a nivel internacional (Ambani, Adani, Nadar y hasta algunas mujeres grandes millonarias), es un pueblo al que aquello no parece inquietarle —salvo quizá a nivel de cierto orgullo nacionalista—. Los beneficios del progreso han ido por su parte creando cierta clase media que sabe aprovecharlos (salud, educación, etc.) a pesar de convivir con una visible pobreza, explicable en un país de antigua cultura agrícola y de 1.600 millones de habitantes. Allí, ese progreso y esa nueva clase media no ven, entretanto, trastornarse el alma por esto y no cambia así el fondo de la cultura. Siguen creyendo en lo que son. El indio, con su inmenso potencial y con grandes avances tecnológicos en diversos sentidos, gracias a su espiritualidad, parece no perder conciencia de la indigencia propia de la condición humana. Aprovechan los beneficios del progreso, pero no venden su alma al ilusionismo. Constituyen en esto un gran aporte para la modernidad de Occidente. Viven en su interior algo muy distinto de aquello que trastornó el alma de los “tigres de América Latina”... y que no se ve muy bien cómo ha de recuperarse si estos descreen de lo que fueron y heredaron. [®]